

Antonio Mercero
Pleamar



Las hermanas Müller cuentan cada jueves su vida a millones de seguidores en el canal de YouTube *Pleamar*, pero en el vídeo de esta semana aparecen amordazadas y maniata-das, en un lugar oscuro, y llorando desesperadamente. Las visualizaciones crecen por horas sin que nadie sepa si va en serio o es una broma macabra. Los padres denuncian la desaparición y el caso es asignado a una extraña pareja de investigadores: Darío Mur, divorciado y enamorado de la literatura clásica, y Nieves González, adicta a las citas *online* y víctima de acoso en la comisaría. Cuando la muerte de Martina Müller es retransmitida en directo, Darío se enfrentará al mundo de los *influencers*, al que su propia hija es adicta y que la ha convertido en una chica violenta y conflictiva.

A Susana.

Uno

Pleamar

No se ve bien. La habitación es oscura, el plano fijo está pobremente iluminado y las hermanas Müller se mueven a base de espasmos para intentar liberarse de las cuerdas. Están atadas a sendas sillas de tijera. Trozos de cinta americana hacen de mordaza y ahogan los gritos. El vídeo solo dura cinco segundos y está dirigido a dieciocho millones de personas, la cifra de suscriptores del canal que las dos jóvenes, bajo el nombre de Pleamar, tienen abierto en YouTube.

Desde hace tres años, cuando empezaron a grabar vídeos caseros sin demasiadas pretensiones, simplemente para divertirse, no han faltado ni un solo jueves a la promesa de subir un vídeo nuevo. Esa es la pauta: un vídeo por semana. Siempre los jueves, siempre a las diez. Y la víspera, un pequeño adelanto del contenido del día siguiente. Una pieza breve, una pildorita para despertar el interés de la audiencia. Algo sencillo: Martina, por ejemplo, anunciando que va a dar consejos de belleza. O Leandra afirmando con una sonrisa traviesa que va a enumerar los defectos de su hermana.

Pero nunca han urdido un reclamo como este: las dos atadas a una silla y tratando de liberarse. ¿Qué contenido están anticipando en este caso? Como broma resulta un tanto macabra, por mucho que hayan demostrado varias veces que son capaces de cualquier payasada. En los comentarios de la gente surgen dudas.

«¿Esto es un fake? ¿Habéis visto eso? ¿Han secuestrado a las Müller o se están riendo de nosotros?»

Los forcejeos de las hermanas pueden pasar tanto por gestos de angustia como por expresiones de actriz sobreactuada. La mordaza de Martina se abomba y se desinfla como si ella estuviera gritando como una posesa. Pero también puede ser que se esté partiendo de la risa. Y la mirada de Leandra, más extraviada que nunca, ¿es presa del pánico, o la leve bizquera que siempre ha padecido encuentra en la broma una tesitura más amplia?

«Ya no saben qué hacer para llamar la atención. A Pleamar se le está yendo la pinza».

«Pues a mí me da yuyu el vídeo. La plataforma debería retirarlo y que entre la policía».

El vídeo no se retira.

Los controladores del buen gusto y de que se mantenga a raya la política de la empresa solo ven a dos chicas montando el numerito.

Ese miércoles, la subinspectora de homicidios Nieves González es la canguro de su sobrina Sol, que, a sus once años, es adicta al fútbol y a YouTube. Nieves sabe que para llegar al corazón de la niña basta con compartir las preocupaciones de su mundo infantil. Ha visto con ella vídeos de una familia inglesa de cuatro hijitos que hacen tonterías y travesuras jaleadas por millones de suscriptores. También ha visto vídeos de youtubers gritones que arrasan jugando al golf o al *Minecraft*. Pero las favoritas de la niña son las hermanas Müller. Le gusta verlas maquillándose, peleándose, hablando de chicos y preparándose para salir de fiesta. Le encanta Leandra, la bizca con mala leche.

Nieves ha empanado unos filetes de pollo para cenar, un menú infalible. Cuando entra en el salón con la bandeja, encuentra a Sol mordiéndose una uña mientras mantiene la vista clavada en el ipad.

—Ya está la cena.

Sol no responde. Una lágrima resbala por su mejilla. Nieves se fija entonces en el teaser de Pleamar, el pequeño avance de cada miércoles. Las dos hermanas amordazadas, el bamboleo grotesco para librarse de las amarras.

—Sol, ¿qué es eso?

—No lo sé. ¿Qué les van a hacer?

Nieves deja la bandeja en la mesa. Se sienta al lado de su sobrina y reproduce el vídeo.

—Están actuando, ¿no?

Sol no lo tiene nada claro.

—¿Me dejas tu móvil?

La niña no quiere buscar algún juego ni llamar a su madre ni chatear con sus amigas. Lo que pretende es consultar las redes sociales de las hermanas Müller.

Al analizar el Instagram de Martina se descubre a una joven fotogénica, descarada, divertida y segura de su belleza. A sus veinte años llama mucho la atención. Alta, rubia, ojos azules y pechos grandes y firmes. Leandra, tres años menor que ella, es bajita y está poco desarrollada. Tiene el pelo castaño y sus ojos pequeños y estrábicos son los de un animal asustado o los de un duende juguetón. No hay acuerdo en si la leve bizquera que padece afea su aspecto o le aporta encanto. Es muy difícil dar con una imagen de ella esgrimiendo una sonrisa directa. En casi todas sus fotos aparece en la sombra, como velada, como si el fotógrafo la hubiera encontrado después de buscarla durante un buen rato. Allí está ella, por fin, cogida en falta, seria, misteriosa o resignada a enseñar sus dientes delanteros en una sonrisa de desgana.

Pero Sol no quiere ver fotos concretas. Lo que busca es ver a qué hora han subido la última.

—No han subido nada desde las once de la mañana. Es imposible.

—¿Por qué es imposible? Igual estaban liadas.

—Siempre suben cuatro o cinco fotos al día.

Nieves la mira un instante. Sol está seria, preocupada.

—Anda, vamos a cenar.

—No están actuando —dice Sol.

Nieves apaga el ipad y consigue que su sobrina coma a trompicones. Esa noche se tumba con ella en la cama para ayudarla a dormir. La nota alterada. Sol no deja de darle vueltas al vídeo de Pleamar.

—En el de la semana pasada llevaban seis días sin interna, la habían despedido. Se llamaba Anita, le dedicaban el vídeo porque la querían mucho. Y dijeron que en el de mañana iban a presentar a la chica nueva, que seguro que su madre ya la había contratado.

—Ya verás como mañana lo hacen.

—No, porque lo habrían anunciado en el avance.

—Bueno, no te preocupes. Voy a apagar la luz, tú duérmete, que es muy tarde.

Se tumba en el sofá y trata de leer un rato, pero no se concentra. Piensa en el vídeo. Sugestionada por su sobrina, tal vez, ahora sí la gana una ligera aprensión. Es una noche fría y ventosa, de remolinos en las aceras, portazos en las casas y sacudidas de ramas en los árboles.

El inspector Mur

Darío Mur recuerda con precisión el gesto de su mujer cuando entró en la cocina y le dijo que quería hablar con él. Su memoria ha fijado para siempre la mezcla inverosímil de severidad y ternura que había en los ojos de ella y la sonrisa lánguida y algo perezosa que compensaba las notas duras de la mirada, y tal vez le hizo bajar la guardia una sonrisa que después, con el paso del tiempo, le pareció maliciosa y sádica. Hay que ser muy cruel para disfrutar del momento de una ruptura sentimental, pero se puede. Siempre se puede.

—Me he enamorado de otro hombre.

Eso dijo. Sin preámbulos, sin sentarse a la mesa en la que él masticaba una tostada. Se limitó a apoyarse en la encimera y soltó la información como el que anuncia que va a llevar el coche al taller. Darío pensó que la actitud más adecuada en ese momento era continuar desayunando en silencio, pero no quería reforzar las acusaciones de frialdad que había recibido tantas veces a lo largo de los veinte años de matrimonio, así que apartó el plato y la taza y se quedó mirando a su mujer con una expresión creíble de estupor.

¿Qué decir en un momento como ese? Las primeras preguntas suelen indagar en el dato de quién es el capullo que ha seducido a la señora casada y en cuándo ocurrió. La curiosidad también se expande para averiguar dónde se produjo la primera infidelidad y cómo. Pero lo único que importa es el qué y eso ya está dicho. Un hombre te ha desbancado, tu mujer se ha ido alejando poco a poco, un

pasito más cada día, y tú no te has dado cuenta de nada. Y tu vida se desmorona en un instante.

La conversación no dio mucho de sí. La hora elegida, la del desayuno; el día, jueves.

Marta, una carrera a sus espaldas con varios cargos ejecutivos en empresas de comunicación, decía que el mejor día para despedir a un empleado es el jueves. Hacerlo el lunes o el martes es cruel porque enfrenta al desventurado a una semana eterna. El viernes puede empañar el fin de semana, así que hay que soltar el hachazo el miércoles o el jueves, y de esos dos días mejor el jueves, cuando la semana laboral ya está casi liquidada y el sábado y el domingo se pueden percibir como días propicios para la digestión de la mala noticia. Darío se preguntó si Marta habría aplicado esta tabla de consideraciones psicológicas a la hora de elegir el momento. La podía imaginar repasando la cuestión con su amante, poniendo sobre la mesa los pros y los contras de cada día. El jueves está bien, le damos tiempo a aceptar la realidad, a salir del *shock* y a buscar a un amigo que lo aloje el fin de semana. Siempre es más fácil que te acoja alguien un sábado que un miércoles, cuando los niños madrugan y las costumbres son más rígidas.

Tenía razón. Los dos primeros días Darío se atrincheró en la casa con el argumento de que era ella, la traidora, la que debía mudarse. Se estableció un pulso entre ambos, un pulso muy desigual, pues Marta exhibía su felicidad por cada rincón de la casa y él solo podía oponer su tristeza y su cabezonería. El sábado asomó un fleco de dignidad y de él tiró Darío para hacer la maleta y refugiarse en casa de un amigo, un subinspector de homicidios que pasó el domingo entero pegando tiros en un videojuego de guerra.

La idea de tomar más distancia le vino un mes después, cuando ya estaba instalado en un estudio y empezaba a disfrutar de la provisionalidad. Necesitaba irse lejos, pero no tan lejos como para no ver a su hija Ángela, que en plena adolescencia conflictiva podía necesitar a su padre. Le

pareció que Tenerife era un destino perfecto. Lejos, pero no tanto. Una isla bonita que le traía buenos recuerdos. Allí se podía contagiar de un ritmo de vida tranquilo y agradable.

Pidió una excedencia en el trabajo y se mudó a La Laguna, una ciudad colonial pegada a Santa Cruz. Allí trató de cumplir el sueño de escribir una novela, un sueño viejo que se había ido alimentando a lo largo de varios veranos, cuando tenía más tiempo para fantasear y para medir sus fuerzas con una tarea que le era desconocida. Desistió al cabo de pocas semanas al comprender que carecía de paciencia o de talento, o tal vez al sentirse poco preparado para pelear a cada frase contra su propia medianía. Descubrió lo frágiles que son algunos sueños y quiso convertirse en un lector exigente y concienzudo. Empezó a frecuentar una librería de La Laguna en la que encargaba novelas, biografías y ensayos. Ya que no podía disfrutar del talento propio, lo haría con el ajeno. Le resultaba admirable la capacidad de algunos escritores para llenar una novela de vida y de reflexiones agudas sobre el alma humana. Reflexiones sobre lo poco que sabemos sobre nadie, incluso sobre nosotros mismos.

Él se sentía un hombre práctico que no se dejaba vencer por los infortunios y, sin embargo, entró en barrena tras la ruptura de su matrimonio. ¿Tan enamorado estaba? Creía que no. Pero se había acostumbrado a la suavidad de su rutina y ahora la echaba de menos. También echaba de menos el sexo, y eso le parecía más extraño todavía. Con Marta llevaba años manteniendo una relación sexual esporádica y anodina, como para cubrir el expediente, y ahora añoraba el sexo con ella como si hubieran follado como bonobos. La lectura lo consolaba. La vida en La Laguna le resultaba agradable. Una vida para ir olvidando el mal trago y para reencontrarse a sí mismo.

Hasta que Marta lo informó de las novedades: le había salido un trabajo en Miami y se mudaba allí con su novio.

Su hija Ángela quedaba fuera del lote. Ángela, dieciocho años, absentismo escolar, repetidora, varias expulsiones del colegio por mal comportamiento. Marta se quitaba de en medio y le dejaba de regalo al corderito.

Se había terminado su año en el paraíso. En Madrid le esperaban el ruido, los atascos, la niña díscola. Su viejo Scénic en el garaje del piso de Santa Engracia, en el que pensó que ya nunca más viviría. Marta tenía preparada la mudanza: se llevaba los libros, los discos, los recuerdos de los viajes que habían hecho juntos. Le dejaba el premio de mus que él ganó con el comisario como pareja, un armatoste de bronce que pesaba como un muerto. Un trofeo espantoso, una hija rebelde y una tartana. Eso es lo que recuperaba.

Entró en el moderno edificio de la Policía Judicial el último jueves de octubre y mantuvo una entrevista con el comisario Talavera. Le sorprendió la efusividad del reencuentro, como si en esa brigada faltaran manos o como si él hubiera dejado una impronta imborrable en el pasado, algo de lo que no era consciente. El primer miércoles de noviembre se incorporó al trabajo. Un día frío y ventoso, de remolinos en las aceras, portazos en las casas y sacudidas de ramas en los árboles.

El Doctor Milagro

A sus treinta y siete años, la subinspectora Nieves González mantiene el aire alegre y los ideales que la han acompañado durante su juventud. Está convencida de que una sonrisa no casa mal con el trabajo y parece haber firmado en alguna parte un contrato de una sola cláusula: hacerse mayor no es volverse serio. Le gustaría enseñarle ese contrato a Darío Mur. Cuando lo vio por primera vez en el vestíbulo de la Brigada Provincial, le pareció un hombre amargado. Una semana después le parece un hombre gris sin posibilidad de mejora. Todo un reto para una mujer como ella, sacarle una sonrisa.

No lo conoce, le gustaría tener tiempo de encontrarle las cosquillas, ella se tiene por una mujer habilidosa en las relaciones sociales y cree que siempre hay una vía para llegar a todo el mundo, incluso a las personas más secas y más impenetrables. Solo hay que encontrarla. Pero esa exploración tendrá que hacerla mientras investiga con él un caso. Lo comprende cuando el oficial Morillas se le acerca para informar de que los padres de dos jóvenes youtubers han venido para hablar con ellos. Según parece, han denunciado la desaparición de sus hijas en una comisaría y alguien les ha allanado el camino hasta la Policía Judicial. Son personas influyentes. Nieves no tarda en comprender que son los padres de las hermanas Müller.

—Diles que ahora mismo los atiendo —contesta seria mientras se levanta y se dirige hacia la puerta de su jefe.

Entra en el despacho del inspector Mur para ponerle en antecedentes. A Darío no le gusta que le interrumpan la lectura del periódico, un momento sagrado en su vida llena

de costumbres fijas. Eso es exactamente lo que acaba de hacer Nieves y por eso la mira conteniendo la impaciencia.

—Por lo que me cuentas, no han pasado ni siquiera veinticuatro horas desde que las vieron por última vez.

Nieves toma aire y asiente. El inspector tiene razón. Puede ser un caso típico de dos jóvenes hartas de la presión de la fama que se regalan un par de días de juerga. Pero las redes arden con conjeturas y presagios y una petición de ayuda de la madre de las hermanas se ha hecho viral vía WhatsApp.

—Los padres están preocupados.

En realidad, la rumia no es solo de los padres. En otros tiempos se podría decir que la desaparición de las jóvenes ha sacudido la tranquilidad de la Colonia de los Diplomáticos, uno de los barrios residenciales más exclusivos de Madrid. Pero hoy, en la era de la tecnología colonizadora de hábitos y disciplinas, es más correcto decir que el suceso afecta a los más de dieciocho millones de suscriptores de Pleamar.

—De acuerdo, diles que pasen —dice Darío dejando a un lado el periódico.

Tobías Müller no se ha desprendido del acento alemán a pesar de que lleva veinte años afincado en España. Se le nota en las respuestas escuetas con las que va salpicando la conversación, incluso en las monosilábicas. No habla mucho, pero puede que su laconismo no obedezca a la timidez ni a un complejo por su fuerte acento. Tal vez sea un mero mecanismo de adaptación al medio. Su mujer, María Lizana, participa en una tertulia en un programa del corazón de Telecinco y está acostumbrada a avasallar a base de interrupciones o de largas peroratas. Imposible competir con esa fiera a la hora de tomar la palabra.

Nieves los conoce a los dos. Él es el cirujano plástico de las famosas, lo llaman «el Doctor Milagro». Hace unos me-

ses le dedicaron un reportaje extenso en *El País Semanal*. Ella sale con frecuencia en televisión y en la prensa rosa. Darío, en cambio, ignora que está delante de dos personas célebres y destina sus primeros esfuerzos a no obsesionarse con el moreno tan visible que lucen en pleno otoño y a digerir y olvidar cuanto antes la reflexión sobre lo mal que encaja el dolor en unos rostros tan bronceados.

El doctor Müller no ha perdonado la hora del aseo personal: desprende un halo de elegancia en su media melena rubia bien peinada, en el afeitado impecable, en la americana marrón que viste sobre una camisa azul sin arrugas. El aroma de su colonia se mezcla con los matices frutales del perfume de ella, que viste un pantalón blanco, una camisa rosa y una chaqueta negra. Es difícil apartar la mirada del fulgor de su gargantilla, que parece envolver su figura en destellos de oro. El rostro no muestra ni una sola imperfección, ni calenturas ni ojeras, como si María hubiera pasado por un salón de maquillaje antes de acudir a la brigada.

Nieves no entiende por qué Darío asiente de forma perceptible. Lo hace porque acaba de encontrar las palabras que expresan con exactitud los sentimientos de la pareja: «sombria preocupación» en el doctor y «angustia» en la madre. Ambos se encuentran, por tanto, en la antesala del dolor. Un aleteo triste compunge por un segundo al inspector antes de entrar en materia.

—¿Por qué creen que a sus hijas les ha podido pasar algo?

—¿Han visto el vídeo? —pregunta María.

—Yo sí —dice Nieves—. Pero no queda claro si es una escenificación o si...

—No dan señales de vida —la interrupción demuestra los modales de una tertuliana ágil, fajada en muchos platós—. Tienen el teléfono desconectado y eso es imposible. Mis hijas viven pegadas al teléfono las veinticuatro horas.

María lanza una mirada de reojo como previendo una apostilla de su marido. Tal vez quiera matizar la exageración